



JOSÉ LUIS DE ROJAS, *IMPERIO AZTECA, HISTORIA DE UNA IDEA*

Madrid, Rosa M^A Porrúa Ediciones, 2016, 317 pp.

José Luis de Rojas nos presenta un recorrido por la historiografía y el análisis de los materiales empleados para el estudio del Imperio Azteca. Su intención es convertir el libro en un referente, una puerta de acceso ante la ausencia de bibliografía específica, haciendo hablar a las fuentes y exponiendo ideas claras. La estructura de la obra es cronológica y progresiva: comienza en el siglo XVI, con fuentes que *a priori* aportan muy poca información sobre el tema de estudio: la estructura imperial. Un detalle interesante es que Rojas no nos define lo que es un azteca ni lo que es un imperio, debido a que el libro trata sobre su definición y su intención es liberarnos de las ideas preconcebidas al respecto. Ideas que, por otra parte, tenemos que tener presentes para poder seguir el hilo discursivo y llegar hasta la pregunta final: si hubo o no un Imperio Azteca.

Tras discutir estas cuestiones comienza el viaje histórico con testigos de primera mano: Hernán Cortés, fray Bernardino de Sahagún, fray Diego de Durán, Alvarado Tezozomoc y Bernal Díaz del Castillo. Una lectura entre líneas de sus obras puede revelar pistas sobre la estructura política de un imperio pese a que los textos no se centran en ella. En el marco del siglo XVII Rojas destaca a fray Juan de Torquemada y su extensa obra, dentro de la cual hay dos capítulos representativos para el tema en estudio: uno sobre la gobernación y monarquía de México, y otro sobre cómo se recogían las rentas reales. Habla sobre *tlahtohqueh*, *cihuacoatl* y hace referencia a que los vasallos pagaban el tributo a su *tlahtoani*. En el siglo XVIII habla de Francisco Javier Clavijero y su crítica a las fuentes anteriores, así como de los datos que ofrece sobre los aliados y enemigos de Tenochtitlan. Para terminar el primer capítulo, Rojas habla del siglo XIX y del incremento del interés en los aztecas debido a la independencia de México. Destaca a Manuel Orozco y Berra, que habla sobre los troncos etnográficos y las alianzas matrimoniales, entre otras cosas; y también menciona a Lewis H. Morgan y Adolph Bandelier, de quienes dice que, si les hiciéramos caso, el libro no existiría.

En el siglo XX se responde a esos autores, proliferan otros nuevos, se enfocan temas como la organización social y se emplean nuevas fuentes como la arqueología. En esta parte destacan tres autores: Manuel M. Moreno, George Clapp Vaillant y Robert Hayward Barlow. El primero trata los *calpulli*, los sistemas de tributación y los métodos de dominación; además de definir a la Triple Alianza como una confederación y no

como un imperio. El segundo se alinea con las ideas de Morgan, y aunque sea importante mencionarle, Rojas considera que debería ser considerado desde hace tiempo como parte de la Historia de la Ciencia. La estrella es el tercero: Barlow. Matiza entre aztecas, colhuas y mexicas; deja constancia de su creencia en un imperio culhua mexicana (pues el término “azteca” es anticuado) y su estado a la llegada de los castellanos. Pero una de sus mayores aportaciones fue el mapa. No un mapa cualquiera, sino el mapa de referencia del Imperio durante más de 50 años, basado en la *Matrícula de tributos* y el *Códice Mendoza*. En él agrupa los pueblos en provincias que ocupan todo el territorio, salvo los señoríos independientes. Él afirmaba que dicho mapa era la primera parte de un trabajo mayor, que nunca se vio terminado por la prematura muerte del autor. Como nota final a este capítulo, Rojas menciona el trabajo de Isabel Kelly y Ángel Palerm, que presenta mapas distintos al de Barlow, añadiendo las conquistas de cada *tlahtoani* y explicando que la motivación de las mismas era de carácter tributario.

Los capítulos III y IV rompen el orden cronológico y abordan el tema de las fuentes y los tributos, con especial atención en la *Matrícula de Tributos* y el *Códice Mendoza*. Nos habla sobre el origen de las fuentes, las describe y comenta las interpretaciones. Aquí Rojas se desenvuelve en uno de sus elementos: los números. Habla de mantas, de cargas, de unidades, de trojes y de trajes. Habla de errores dentro del documento y en las interpretaciones. Y aun sabiendo de esos errores, se siguió hablando de lo que hablan los documentos, en lugar de tratar de comprender al documento en sí. Para hablar de los propios tributos cita el trabajo de Frances F. Berdan y Luz María Mohar. Se distinguen los tipos de tributo, qué se da, a quién, de qué manera, etc. Se comparan documentos y se compara dentro del mismo documento. Esto plantea una serie de cuestiones: ¿los tributos de Tenochtitlan son propiamente suyos o de todo el Imperio? ¿Lo que aparece recogido es lo que se debe pagar, lo que se pagó o lo que llegó?

Tras ese paréntesis retoma el hilo principal y sigue sumando elementos para conocer la estructura del Imperio: Jacques Soustelle y los cargos; Friedrich Katz y el dominio, que no imperio; Eric Wolf señalando que primero hay que saber qué es un imperio para poder comparar después. En este punto aparece Alfredo López Austin, quien comete la osadía de definir el Estado, pero desde el punto de vista náhuatl. Eso nos permite comprender el enfoque judicial de la obra de los cronistas. El Imperio se va haciendo complejo: *tlahtohcayotl*, estados en principio independientes que se pueden integrar, cada uno con sus diferentes relaciones entre ellos y con otros poderes. Alianzas, jerarquías... y Tenochtitlan como el encargado de los asuntos militares de la Triple Alianza. Prosigue con el debate: Warwick Bray dice que no hay Imperio si no es unificado y Rudolph A. Van Zantwijk empieza a ampliar la vista a algo que ha estado siempre ahí: los otros miembros de la Triple Alianza. Siguiendo por ahí, Charles Gibson echa la vista atrás: los mexicas no fueron la primera potencia imperial, antes estuvo Azcapotzalco. Y antes de pasar a otro de los hitos cita a Ignacio Bernal, quien valientemente afirmó que los mexicas no inventaron nada: todo era propaganda.

El siguiente hito es Pedro Carrasco, quien habla del Imperio Tepaneca y llama la atención sobre la importancia de la terminología y las jerarquías. Las tres cabezas del Imperio podían operar independientemente y un rasgo característico es la falta de uniformidad. Ya en los años ochenta la visión centralista empieza a caer: la clave para entender

la estructura imperial está en las provincias, en los pueblos. Reutilización de estructuras, redes de parentesco... Parece que Bernal tenía razón y todo estaba inventado antes de los mexicas. También menciona la respuesta de Berdan a las provocadoras propuestas de Michael Harner y Marvin Harris sobre el sacrificio humano. Nuevos autores se van sumando, cada uno con su provincia dentro del imperio que es el estudio del Imperio. Lo local gana fuerza, la división tripartita del Imperio y, sobre todo, los señores y las relaciones familiares entre ellos. Mary G. Hodge da con la clave: lo que se integra en el Imperio no son las ciudades, son los señores. Y en esta visión cada vez más compleja llega Michael E. Smith y dice que hay que unir los datos sincrónicos y diacrónicos. Distingue un centro y una periferia y nos dice claramente, citando a Eisenstadt, que hay un Imperio: su fin es enriquecer a sus gobernantes y aliados. También propone algo muy interesante: construir una Arqueología de la Triple Alianza. Prosiguiendo, José Lameiras introduce la guerra en la ecuación y Ross Hassig profundiza en ello. Nos habla de redes de caminos, de organización de portadores, etc., y de la ruptura del modelo imperial de Clausewitz: el Imperio Culhua Mexica es un imperio hegemónico. Y la idea funciona. La base es el control político y los señores son el centro de la estructura imperial, con sus alianzas y sus guerras por ser el más poderoso.

Llegamos a los noventa y de nuevo aparece Pedro Carrasco. Parece ser que está más claro que la *Matrícula de Tributos* solo hace referencia a Tenochtitlan. Rojas nos introduce al concepto de *políticas post-conquista* y Frederick Hicks al de *entreveramiento de territorios*, que había propuesto Carrasco. Berdan y Smith vuelven con la Arqueología del Imperio. ¿Por qué no la hay? Bien porque no hubo imperio, bien porque no dejaba huella o no hemos sabido buscarla. Las relaciones entre señores, y entre señores y el Imperio, está a la orden del día. Carlos Santamarina indaga acerca de los orígenes del Imperio, habla del golpe de Chimalpopoca contra los tepanecas, línea de investigación que luego prosigue para desvelar el Imperio Tepaneca, asimismo también habla de las distintas facciones dentro del Imperio. Todos juntos están llegando a algo consistente y factible. Vamos obteniendo respuestas a viejas preguntas. Si el Imperio era beneficioso para los señores, ¿por qué tenían que conquistarlos? Pues bien, por las luchas de facciones dentro de los territorios. El Imperio apoyaba a un bando, que era el que salía beneficiado, y era beneficioso para ambos: el nuevo señor local gobierna y depende del Imperio para ello.

Finalmente llega a lo que llama “el año admirable”: 1996. Aquí está la síntesis de los esfuerzos de todo lo anterior en dos obras que se desarrollaron y nacieron a la par. Por un lado Dumbarton Oaks, gestado por Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger; por otro lado Pedro Carrasco. Los de Dumbarton Oaks muestran la complejidad del panorama y las diversas estrategias que el Imperio y los señores empleaban. Y, además, enmiendan el mapa de Barlow: lo que muestra son las provincias tributarias, a las que ellos añaden las provincias estratégicas. Lamentablemente, ese término se acuñó por conveniencia y Michael Smith se arrepiente de ello: ahora habla, cuando se acuerda, de estados-cliente. Estas provincias pagan tributos, pero de otras maneras: son regalos, son servicios, no son regulares, etc. Por su parte, Pedro Carrasco se centra en la perspectiva local, en la segmentación política y el faccionalismo. Coincide con Dumbarton Oaks en cuanto a la variedad y los estudios regionales, y se aleja de ellos

al mantener que hay que hablar de la Triple Alianza y estudiar la estructura imperial de los tres. Además, tampoco hace afirmaciones no probadas. En defensa de Dumbar-ton Oaks, presentaron al final de su trabajo los datos que manejaron, de forma que se puede reconstruir cómo llegaron a sus interpretaciones.

El último capítulo habla sobre el presente y el futuro. Tenemos que aprender lo que se hace para aplicarlo a otros tiempos y lugares. Hay que vencer la barrera ideológica entre lo prehispánico y lo colonial: las cosas no cambian radicalmente. Se plantean cosas interesantes, como René García Castro y su insidiosa pregunta: ¿qué hacían los otros estados?; o Smith y Montiel incidiendo en la arqueología y cómo detectar un imperio de esta forma. Se suman nuevas tecnologías y nuevos estudios, los cambios en la consideración de las fuentes y el estudio de otros imperios. Los tenochcas no lo inventaron todo ni eran los señores absolutos. Como dice Rojas: “hay que evitar seguir difundiendo su propaganda, la forma en la que querían que pensásemos de ellos”. Aunque ese es otro tema interesante, quizás para otro libro.

Alonso de Rojas Pascual